

el miedo, olvidó que el contrapeso de su cola le faltaba, volateó un instante de una manera grotesca y acabó por caer al mar, donde se ahogó por no tener los pies palmeados.»

—Flers, dijo Decamps, interrumpiendo al lector; tú que tienes una hermosa voz, llama á la pequeña de la portera para que nos suba crema, que no tenemos ya.

CAPÍTULO VII

De cómo Tom abrazó á la hija de la portera, que subía la crema, y la decisión que se tomó con motivo de este acontecimiento.

Flers abrió la puerta y se asomó á la escalera, á fin de reclamar la cosa pedida; después volvió á entrar sin percatarse de que Tom, que le había seguido, se había quedado fuera; entonces Jardín, que al ser interrumpido en su lectura había llegado hasta la muerte de Cacatúa, fué invitado á continuarla.

—Aquí, señores, dijo enseñando el manuscrito terminado, la simple narración va á ser sustituida por las memorias escritas, en razón á la poca importancia de los acontecimientos que nos queda por contar: la ofrenda hecha por Jacobo á los dioses del mar hizo que éstos se mostraran favorables con el buque del capitán Pánfilo; de suerte que el resto de la travesía se hizo sin otras aventuras que las que dejamos relatadas; un solo día se temió un accidente funesto para Jacobo. He aquí en qué ocasión:

«El capitán Pánfilo, al pasar á la altura del cabo de las Palmas, á la vista de la Guinea superior, había cogido en su cámara una magnífica mariposa, verdadera flor volátil de los trópicos, con las alas matizadas y relucientes como la garganta de un colibrí. El capitán, como ya hemos visto, no despreciaba nada de lo que podía tener algún valor á su regreso á Europa; en su consecuencia, había cogido á su imprudente huésped con las mayores precauciones, á fin de no llevarse entre sus dedos el terciopelo de sus alas, y lo había clavado con un alfiler contra el techo de su habitación. Seguramente no hay uno de vosotros que no haya visto la agonía de una mariposa, y que, impulsado por el deseo de conservar en un frasco ó debajo de un vaso á ese gracioso hijo del estío, no haya sofocado con ese deseo la sensibilidad de su corazón. Ya sabéis, pues, cuánto tiempo lucha, dando vueltas sobre el eje que le atraviesa el cuerpo, la pobre víctima de su belleza. La mariposa del capitán Pánfilo vivió así varios días, batiendo las alas como si chupase el jugo de una flor; este movimiento llamó la atención de Jacobo, que la miró con el rabillo del ojo, si bien aparentando no ver nada; y aprovechando un instante en que el capitán Pánfilo le había vuelto la espalda, saltó sobre la ensambladura, y, juzgando de la bondad del animal por la excelencia de sus colores, lo devoró con su glotonería acostumbrada. El capitán se volvió á los brincos y á las volteretas que daba Jacobo; al engullir la mariposa, habíase tragado el alfiler, la espina de acero se le había clavado en la garganta y el desgraciado se ahogaba.

El capitán, que no conocía la causa de sus muecas y de sus contorsiones, le creyó de buen humor, y se enojó un instante de su falta de juicio; pero, viendo que aquéllas se prolongaban indefinidamente, que la voz del saltador imitaba cada vez más el acento de Polichinela, y que, en lugar de chupar su dedo pulgar como tenía costumbre de hacer después de su curación, se metía hasta el codo la mano en la garganta, empezó á dudar de que hubiese en todos aquellos saltos y zancadas alguna cosa más urgente que el deseo de serle agradable, y se acercó á Jacobo; el pobre diablo movía los ojos de un modo tal, que no dejaba la menor duda sobre la naturaleza de las sensaciones que experimentaba; de suerte que el capitán, viendo que decididamente su mono querido iba á pasar de la vida á la muerte, llamó al doctor con toda la fuerza de sus pulmones, no porque él creyera mucho en la medicina, pero á fin de no tener nada que reprocharse.

Gracias al interés que el capitán Pánfilo sentía por Jacobo, su voz había tomado un tono tan angustioso, que no solamente el doctor, sino todos aquellos que le oyeron, acudieron en seguida; entre los más diligentes se encontraba Doble-Boca, que, ocupado en sus funciones habituales, había subido disparado al oír el primer grito de su capitán y había acudido á su llamamiento llevando en la mano un puerro y una zanahoria que había empezado á mandar. El capitán no tuvo necesidad de explicar la causa de sus gritos, y no hizo más que señalar á Jacobo, el cual continuaba dando, en medio del

camarote, las mismas señales de agitación y de dolor. Todos rodearon al enfermo: el doctor declaró que era presa de una congestión cerebral, enfermedad á la cual estaba muy particularmente sujeta la especie de los calitriches, que, teniendo la costumbre de suspenderse por la cola, estaban naturalmente expuestos á que la sangre se les subiese á la cabeza; que era preciso, en su consecuencia, sangrar sin retardo á Jacobo, de cuya salvación, no obstante, no respondía, como en todos los casos en que no había sido llamado á los primeros síntomas del accidente.

Después de este preámbulo, el doctor sacó su estuche, cogió su lanceta y recomendó á Doble-Boca que sostuviese al paciente, á fin de no abrirle una arteria en lugar de una vena.

El capitán y la tripulación tenían gran confianza en el doctor, por lo que escucharon todos con profundo respeto la disertación científica cuyo principal argumento acabamos de referir: solamente Doble-Boca meneó la cabeza en señal de duda.

Doble-Boca tenía un antiguo resentimiento contra el doctor: un día que las ciruelas en dulce, á las que el capitán Pánfilo tenía en gran estima por ser un obsequio de su esposa, un día, pues, que las ciruelas, encerradas en un armario particular, habían disminuído visiblemente de número, hizo reunir á su tripulación para conocer á los ladrones capaces de echar el diente á las provisiones particulares del jefe supremo de *La Rochelana*: todos negaron, y Doble-Boca también; sin embargo, como esta era su costumbre

en todos los casos, el capitán tomó su negativa por lo que valía en sí, y preguntó al doctor si no había algún medio de conocer la verdad.

El doctor, cuya divisa era la de Juan Jacobo, *vitam impendere vero*, contestó que nada era más fácil, y que para ello había dos medios infalibles: el primero y el más rápido era abrir el vientre á Doble-Boca, operación que podía hacerse en siete segundos; el segundo era darle un vomitivo que, según sus grados de fuerza, llevaría tras sí un plazo más ó menos largo, pero que al fin y en todos los casos, no pasaría de una hora.

El capitán Pánfilo, que era amigo de los medios suaves, optó por el vomitivo; su medicina fué administrada inmediatamente y á la fuerza, y el delincuente puesto en manos de dos marineros, con la orden precisa de no perderlo de vista.

Treinta y nueve minutos después, reloj en mano, el doctor presentaba al capitán Pánfilo cinco huesos de ciruela, que, para mayor seguridad, Doble-Boca había creído deber tragarse con el resto, y que su cuerpo acababa de restituir merced al vomitivo propinado por el galeno del bergantín. Las pruebas del delito eran palpables, toda vez que Doble-Boca había declarado que, desde hacía ocho días, no había comido más que bananas é higos de la India. En su consecuencia, el castigo no se hizo esperar: el culpable fué condenado quince días á pan y agua, y, además, á recibir después de cada comida, á título de postre, veinticinco vergazos, que le fueron administrados con la mayor regularidad por el contramaestre de *La Rochelana*.

De este desagradable acontecimiento para el marmitón del bergantín, había resultado que Doble-Boca, como hemos dicho, detestaba cordialmente al doctor, y no dejaba jamás, desde aquella época, escapar una ocasión de hacer patente su rencor y enfado.

Por eso fué Doble-Boca el único que no creyó una sola palabra de lo que decía el doctor; había en la enfermedad de Jacobo síntomas que él conocía perfectamente por haberlos experimentado él mismo cuando se había visto precisado, sorprendido en el momento en que hacía disminuir, á fuerza de catarlas, las raciones del capitán, á tragarse el pedazo de pescado sin tener tiempo de extraer las espinas. Sus ojos buscaron instintivamente y por analogía, en torno suyo, lo que había podido tentar la gula de Jacobo. La mariposa y el alfiler habían desaparecido, y no necesitó más Doble-Boca para conocer la verdad entera: Jacobo tenía la mariposa en el vientre y el alfiler en la garganta.

Así, cuando el doctor, lanceta en mano, se aproximó á Jacobo, á quien Doble-Boca tenía entre sus brazos, éste declaró, con gran estupefacción del capitán y de la tripulación, que el doctor estaba equivocado; que Jacobo estaba muy lejos de hallarse amenazado de apoplejía, pero sí de estrangulación, y que no tenía en aquel momento el menor derrame en su cerebro y si un alfiler que le destrozaba el esófago.

Al acabar de pronunciar estas palabras, Doble-Boca, empleando con Jacobo el remedio que practicaba ordinariamente consigo mismo, le metió varias veces en lo más hondo de la gar-

ganta el tronco del puerro que tenía por casualidad en la mano cuando había acudido á los gritos del capitán, con el fin de hacer resbalar hacia los conductos más largos el cuerpo extraño que había quedado en los conductos estrechos; y después, seguro de que la operación había tenido buen éxito para honor suyo, colocó en medio del camarote al moribundo, quien, en vez de continuar las muecas exageradas á que toda la tripulación le había visto entregado cinco minutos antes, quedó sentado un instante en una tranquilidad absoluta, como para asegurarse que el dolor había ya desaparecido; después guiñó los ojos, se puso á rascarse la tripa con una mano y á bailar sobre sus patas traseras, lo que significaba en Jacobo, como nuestros lectores saben ya, una manifestación expresiva de su contento.

Pero aun no era esto todo. Doble-Boca, para dar el último golpe á la reputación del doctor, alargó al convaleciente la zanahoria que había llevado, de la que Jacobo, muy aficionado á esa legumbre, se apoderó inmediatamente, y dió prueba, al roerla sin retardo y sin interrupción, de que las vías nutritivas estaban perfectamente libres de todo estorbo y no pedían otra cosa que reanudar sus funciones.

El operador estaba radiante de gozo con su triunfo. En cuanto al doctor, se prometió tomar la revancha si Doble-Boca caía enfermo; pero, durante el resto del viaje, Doble-Boca no tuvo afortunadamente más que una pequeña indigestión á la altura de las Azores, que él mismo se curó á la manera de los antiguos romanos, introduciéndose los dedos en la boca.

El bergantín *La Rochelana*, capitán Pánfilo, después de una feliz travesía, llegó el 30 de septiembre al puerto de Marsella, donde se deshizo ventajosamente del café, té y drogas que había cambiado, en el archipiélago indio, con el capitán Kao-Kiou-Koán: en cuanto á Jacobo I, fué vendido por la suma de setenta y cinco francos á Eugenio Isabey, quien lo cedió por una pipa turca á Flers, el cual lo cambió á su vez por un fusil griego con Decamps.

Y he aquí cómo Jacobo pasó, de las orillas del río Bango, á la calle del arrabal de San Dionisio número 109, donde adquirió su educación, gracias á los cuidados paternos de Fau, el grado de perfección que todos conocéis.»

Jadín se inclinaba modestamente en medio de los aplausos de la asamblea, cuando se oyó un gran grito al otro lado de la puerta de entrada al taller: todos nos precipitamos hacia la escalera, y nos encontramos á la hija de la portera medio desmayada en los brazos de Tom que, espantado por nuestra salida inesperada, empezó á bajar la escalera á galope. Á los pocos segundos, oímos un segundo grito más agudo todavía que el primero: una vieja marquesa, que habitaba hacía treinta y cinco años en el tercer piso de la casa, y que, atraída por el ruido, había salido, palmatória en mano, habíase encontrado cara á cara con el fugitivo, desmayándose por completo. Tom volvió á subir quince escalones, y encontrando la puerta del cuarto piso abierta, entró como en su casa y cayó en medio de una comida de boda. De momento, ante la extraña y horrorosa aparición, quedaron todos petrificados, sin alientos

para dar un grito; pero, una vez repuestos de la primera impresión y del susto consiguiente y natural, los alaridos de espanto fueron ensordecedores, y los convidados, llevando á los novios á la cabeza, se precipitaron á la escalera. Toda la casa, de los sótanos al tejado, se encontró en un instante escalonada de descansillo en descansillo, todos hablando á la vez, y, como sucede en tales circunstancias, no entendiéndose nadie.

Al fin se averiguó el origen de la alarma. La muchacha que había dado el primer grito, contó que subía la escalera sin luz, llevando la fuente de crema que se le había pedido, cuando se sintió cogida por la cintura; creyendo que fuera algún inquilino impertinente que se permitía esta familiaridad, había contestado á la declaración con una vigorosa bofetada. Tom había respondido á su vez al bofetón con un gruñido que al instante había descubierto su incógnito y revelado al impertinente desconocido; la muchacha, espantada de verse entre las garras de un oso, cuando creía hallarse entre los brazos de un hombre, había lanzado el grito que nos puso en movimiento á todos y nos hizo salir sin dilación á la escalera; nuestra aparición, como hemos dicho, había asustado á Tom, y el susto de Tom había producido los acontecimientos subsiguientes, es decir, el desmayo de la marquesa y la disolución de la boda.

Alejandro Decamps, que era el que estaba más particularmente ligado con el autor de la hazaña, se encargó de excusarle ante la sociedad, y, como prueba de su sociabilidad y mansedumbre, ofreció ir á buscar á Tom donde se encontrara y

traérselo consigo como santa Marta había reducido á la tarasca con ayuda de una simple cinta azul ó rosa; un pequeño perillán de doce á quince años se adelantó entonces y le presentó la liga de la casada, que acababa de encontrar y recoger debajo de la mesa, para condecorar á los convidados, cuando la voz de alerta habíase dejado oír; Alejandro tomó la cinta, entró en el comedor y encontró á Tom que se paseaba con maravilloso garbo por encima de la mesa servida: estaba engullendo su tercer bartolillo.

Este nuevo delito le perdió: la novia tenía, desgraciadamente, los mismos gustos que Tom; hizo un llamamiento á los aficionados á bartolillos, y bien pronto se elevaron violentos murmullos y calurosas protestas, que no pudo calmar la docilidad con que el pobre Tom siguió á Alejandro. En la puerta encontró éste al dueño de la casa, á quien la marquesa acababa de significar que la tuviera por despedida del cuarto que ocupaba; el novio, por su parte, declaró que no demoraría un cuarto de hora más su estancia en la casa si no se le hacía pronta justicia; el resto de los vecinos le hizo coro.

El propietario palideció ante la amenaza de ver su casa vacía; y, en su consecuencia, significó á Decamps que, por grande que fuera su satisfacción en tenerle en su casa, veíase obligado á privarse de ella si no se deshacía inmediatamente de un animal que daba, á semejante hora y en una casa honrada y respetada de todos, tan graves motivos de escándalo. Por su parte, Decamps, que comenzaba á cansarse de Tom, no hizo más resistencia que la precisa para

que no se viera que cedía de buen grado á la imposición. Empeñó su palabra de honor de que al día siguiente Tom abandonaría su alojamiento, y, para dar mayor seguridad á los inquilinos que exigían que la expropiación se hiciese en el mismo acto, declarando que, si se retardaba un minuto, no se acostarían en sus casas, bajó con Tom al patio, hizo entrar á la fuerza al animal en una perrera, volvió la abertura contra la pared y cargó la perrera con piedras y ladrillos.

Una promesa que acababa de recibir un comienzo de ejecución tan brillante, pareció dejar satisfechos á los querellantes: la hija de la portera enjugó sus lágrimas, la marquesa reprimió su tercer ataque de nervios, y el novio declaró magnánimamente que, á falta de bartolillos, comería bollo. Cada cual se retiró á sus respectivas habitaciones y, dos horas después, la tranquilidad habíase restablecido por completo.

Cuanto á Tom, ensayó desde luego, como Encelada, de desembarazarse de la montaña que pesaba sobre él; pero, viendo que no podía librarse de ella, hizo un agujero en el muro y pasó al jardín de la casa vecina.

CAPÍTULO VIII

De cómo Tom dislocó la mano á un guardia municipal, y de dónde provenía el miedo que le inspiraba esta respetable milicia.

Grande fué la sorpresa del inquilino del cuarto bajo de la casa número 111 al ver, al día siguiente por la mañana, pasearse un oso por los acirates de su jardín; cerró vivamente la puerta del patio, que había abierto con objeto de entregarse al mismo ejercicio, y trató de reconocer, á través de los vidrios de una ventana, el sitio por donde aquel nuevo aficionado á la horticultura había penetrado en su jardín; desgraciadamente, el hueco de la ventana estaba cubierto por un macizo de lilas, de suerte que la inspección, por muy prolongada que hubiese sido, no le dió ningún resultado satisfactorio. Entonces, como el inquilino del cuarto bajo de la casa número 111 tenía la dicha de ser suscriptor de *El Constitucional*, se acordó de haber leído, algunos días antes, en la sección de noticias, que la ciudad de Valenciennes había sido teatro de un fenó-

meno muy singular: una lluvia de sapos había caído sobre la ciudad con acompañamiento de truenos y relámpagos y en tal cantidad, que las calles y los tejados habían quedado completamente cubiertos. Inmediatamente después, el cielo, que dos horas antes estaba de color gris ceniza, se había cambiado en azul de añil. El suscriptor de *El Constitucional* alzó los ojos, y viendo el cielo negro como la tinta y á Tom en su jardín, sin darse cuenta de cómo había entrado, empezó á creer que un fenómeno parecido al de Valenciennes estaba á punto de reproducirse, con la sola diferencia de que, en vez de sapos, iban á llover osos. Lo uno no era menos asombroso que lo otro; la granizada era más gorda y más peligrosa: esto era todo.

Preocupado con esta idea, nuestro buen hombre echó una mirada á su barómetro y vió con sorpresa no exenta de inquietud que indicaba lluvia y tempestad; en este momento el retumbar del trueno se hizo oír en el espacio. La llama azulada de un relámpago penetró en la habitación; el suscriptor de *El Constitucional* juzgó que no había un instante que perder, y pensando que iba á haber lucha, envió á buscar, por su ayuda de cámara, al comisario de policía, y por su cocinero un cabo de escuadra y nueve hombres, y prevenirse á todo acontecimiento, á fin de ponerse en todo caso bajo la protección de la autoridad civil y bajo la guarda de la fuerza militar.

Entre tanto los transeuntes, que habían visto salir del número 111 al cocinero y al ayuda de cámara azorados, habíanse reunido frente al por-

tal de la casa, y, formando corro, se entregaban á las conjeturas más incoherentes; interrogaron al portero, pero éste, con gran contrariedad de todos, no sabía más que ellos, y todo lo que pudo decirles fué que la alarma, fuere la que fuese, provenía de la parte situada entre el patio y el jardín. En este momento, el suscriptor de *El Constitucional* apareció en la puerta de la grade-
ría que daba al patio, pálido, temblando y pidiendo auxilio; Tom le había visto á través de los vidrios, y, habituado á la sociedad de los hombres, habíase acercado trotando, á fin de trabar conocimiento con él; pero el suscriptor de *El Constitucional*, interpretando equivocadamente sus intenciones, había visto una declaración de guerra en lo que no era más que una demostración de cortesía, y se había batido prudentemente en retirada. Al llegar á la puerta del patio, había oído crujir los vidrios de la puerta del jardín; entonces la retirada se había cambiado en verdadera huida, y el fugitivo había aparecido, como hemos dicho, á los ojos de los curiosos y de los papanatas, dando señales visibles de la mayor angustia y pidiendo socorro con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero sucedió lo que sucede en semejantes circunstancias: que en vez de responder al llamamiento que había hecho, la multitud se dispersó; sólo un guardia municipal, que se encontraba en las filas, quedó firme en su puesto, y, avanzando hacia el suscriptor de *El Constitucional*, llevó la mano al chacó y le preguntó en qué podía serle útil; pero aquél á quien se dirigía no tenía ya ni voz ni palabra: señaló con

el dedo la puerta que acababa de abrir y la grade-
ría que había descendido con tanta precipitación. El guardia municipal comprendió que el peligro venía de allí, tiró bravamente de su sable, subió las gradas, franqueó la puerta y se encontró en la habitación.

Lo primero que percibió al penetrar en el salón fué la figura bonachona de Tom, que, levantado sobre sus patas traseras, había pasado la cabeza y las manos á través del vidrio, y apoyado en el travesaño de madera, miraba con notoria curiosidad el interior de la habitación, que le era desconocida.

El guardia se detuvo breves momentos, no sabiendo, á pesar de lo valiente que era, si debía avanzar ó retroceder; pero apenas Tom lo hubo apercibido, cuando, fijando en él sus ojos hoscos y soplando ruidosamente como un búfalo espantado, retiró precipitadamente su cabeza del postigo y se puso en fuga con toda la ligereza de sus cuatro piernas hacia el rincón más retirado del jardín, dando señales manifiestas del terror que le inspiraba el uniforme municipal.

Mas como hasta ahora hemos presentado á nuestros lectores á nuestro amigo Tom como un animal juicioso y de buen sentido, preciso es que nos permitan interrumpirnos un instante en nuestra narración, á pesar del interés de la situación, para contarles de dónde provenía su pavor, que pudiera creerse prematuro, ya que no había sido provocado por ninguna demostración hostil, y que, por consiguiente, pudiera perjudicar á la reputación irreprochable que había dejado tras sí.

Era una tarde del carnaval del año de gracia de 1831. Tom habitaba en París desde hacía apenas seis meses, y, sin embargo, ya la sociedad artística, en medio de la que vivía, habíale civilizado hasta el punto de ser uno de los osos más amables que se pudieran ver; iba á abrir la puerta cuando llamaban, hacía centinela durante horas enteras de pie sobre sus patas traseras, alabarda en mano, y bailaba el minué de *Exau-det*, sosteniendo, con singular gracia, un mango de escoba detrás de su cabeza.

Había pasado el día entregado á sus inocentes ejercicios, con gran satisfacción del taller, y acababa de dormirse con el sueño del justo en el armario que le servía de nicho, cuando llamaron á la puerta de la calle. Al mismo instante, Jacobo dió señales de alegría tan manifiesta, que Decamps adivinó al momento que era su querido maestro que iba á visitarle.

En efecto, la puerta se abrió, y en ella apareció Fau, disfrazado de payaso; y Jacobo, según su costumbre, se arrojó en sus brazos.

—¡Está bien, está bien!... dijo Fau poniendo á Jacobo sobre la mesa y colocando entre sus manos su bastón, eres un animal encantador. ¡Atención! ¡Á las armas! ¡Presenten, armas! ¡Preparen! ¡Fuego!... ¡Á maravilla! Yo os mandaré hacer un uniforme completo de granadero, y montaréis la guardia de mi palacio. Pero no sois vos con quien tengo que hacer en este momento, sino con vuestro amigo Tom. ¿Dónde está?

—Creo que en su nicho, respondió á esa pregunta Decamps.

—¡Tom! aquí, ¡Tom! gritó Fau.

Tom hizo oír un gruñido sordo, que indicaba haber comprendido perfectamente que era de él de quien se trataba, á la vez que no estaba muy dispuesto á acudir á la invitación.

—Y bien, añadió Fau, ¿es así cómo se obedece cuando yo mando? ¡Tom! amigo mío, no me obliguéis á emplear medios violentos.

Tom alargó una pata, que salió del armario sin dejar ver ninguna otra parte de su persona, y se puso á bostezar de una manera plañidera y prolongada, como un niño que se despierta y que no se atreve á protestar en otra forma contra la tiranía de su profesor.

—¿Dónde está el mango de escoba? dijo Fau dando á su voz un acento de amenaza y removiendo con estrépito los arcos salvajes, las cerbatanas y las cañas de pescar amontonadas detrás de la puerta.

—¡Presente! gritó Alejandro señalando á Tom, que á este ruido bien conocido habíase levantado vivamente y se aproximaba á Fau con toneándose con aire inocente y paternal.

—¡Oh, dicha! dijo Fau; hay que ser amable cuando se viene expresamente por vos del café *Procopio* al arrabal de San Dionisio.

Tom meneó la cabeza de alto abajo y de abajo arriba.

—Eso es. Ahora dad un apretón de manos á vuestros amigos... Perfectamente.

—¿Es que te lo llevas? preguntó Decamps.

—Por un rato, respondió Fau, vamos á procurarle distracción.

—Y ¿adónde vais juntos?

—Al baile de máscaras... Allá me lo llevo. Vamos, vamos, Tom, en marcha, amigo mío. Tenemos un coche á la puerta.

Y como si Tom hubiese comprendido el valor de este último argumento, bajó las escaleras de cuatro en cuatro, seguido de su introductor. Al llegar al coche, el cochero abrió la portezuela, bajó el escabel, y Tom, guiado por Fau, subió al carruaje como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

—¡Ah!... bien, dijo el cochero, he ahí un gracioso disfraz: diríase que es propiamente un oso. ¿Dónde hay que ir, señores?

—Al Odeón, respondió Fau.

—Grooonnn, hizo Tom.

—Vamos, vamos, no os enfadéis, dijo el cochero; aunque haya un trecho largo, ya llegaremos.

En efecto, media hora después, el coche se detenía á la puerta del teatro. Fau se apeó el primero y pagó al cochero; después dió la mano á Tom, pidió dos billetes en el despacho, y entró en el salón sin que el revisor hiciera la menor observación.

Á la segunda vuelta por la sala, se empezó á seguir á Tom. La propiedad con que el recién llegado imitaba los andares del animal cuya piel vestía, había admirado á algunos aficionados á historia natural. Los curiosos se aproximaron más y más, y queriendo asegurarse de que su talento de observación se extendía hasta á la voz, le tiraron de los pelos de la cola y le pincharon la piel de las orejas.

—¡Grooonnn! gruñó Tom.

Un grito de admiración salió de las gargantas de todos los circunstantes: la semejanza era para engañar á cualquiera.

Fau condujo á Tom al ambigú, ofrecióle algunos pastelitos, á los que era muy aficionado, y que engulló con una voracidad tan bien imitada, que la galería reventó de risa; después vertió agua en un vaso, que Tom cogió con delicadeza entre sus patas, como tenía costumbre de hacerlo cuando Decamps le otorgaba el honor, por casualidad, de admitirlo á la mesa, y lo sorbió de un trago. Entonces el entusiasmo llegó al colmo hasta tal punto, que cuando Fau quiso abandonar el ambigú, se encontró encerrado en un círculo tan estrecho, que comenzó á temer que no le entrasen ganas á Tom, para hacerse paso entre aquella muralla de carne humana, de llamar en su auxilio á sus dientes y á sus garras, lo que hubiera complicado la cosa; le condujo, en su consecuencia, á un rincón, le apoyó las espaldas en el ángulo de la pared, y le ordenó permanecer tranquilo hasta nueva orden. Era éste un género de ejercicio, como hemos dicho ya, muy familiar á Tom, lo mismo que el de montar la guardia, á causa de estar perfectamente apropiados á la indolencia de su carácter. Pero, más fiel observador de su consigna que muchos guardias nacionales que yo conozco, hacía en este caso pacientemente su facción hasta que iban á relevarle. Un arlequín ofreció entonces su espadón para completar la parodia, y Tom posó gravemente su gruesa pata sobre su fusil de madera.

—¿Sabe usted, preguntó Fau al oficioso hijo

de Bergama, á quien acaba de prestar el espadón?

—No, respondió el arlequín.

—¿No lo adivina usted?

—Ni por asomo.

—Veamos, mírelo usted bien. En la gracia de sus movimientos, en su cuello, sistemáticamente inclinado sobre el hombro izquierdo, como el de Alejandro el Grande, en la imitación perfecta del órgano... ¡cómo!... ¿no lo reconoce usted?

—Palabra de honor que no.

—Odry, dijo misteriosamente Fau; Odry, con su traje de *El Oso* y *el Pachá*.

—No por cierto; él representa el oso blanco.

—Justamente; pero él ha tomado la piel de Vernet para disfrazarse.

—¡Oh, farsante! dijo el arlequín.

—¡Grooonnn! gruñó Tom.

—Ahora reconozco su voz, dijo el interlocutor de Fau; ¡oh! es asombroso que no la haya adivinado más pronto. Dígale que no finja más.

—Sí, sí, contestó Fau dirigiéndose hacia el salón; pero no conviene fastidiarlo demasiado, á fin de que haga el gracioso. Yo trataré de que baile el minué.

—¡Oh! sí, sí; ¿de veras?

—Así me lo ha prometido. Dígaselo á todos sus amigos, á fin de que no le hagan bromas pesadas.

—Esté usted tranquilo.

Fau atravesó el círculo, y el arlequín, encantado, fué de máscara en máscara anunciando la noticia y repitiendo la recomendación; entonces

todos se alejaron discretamente. En este momento hizose oír la señal del galop, y el *foyer* entero se precipitó en el salón; pero antes de seguir á los compañeros, el chistoso arlequín se acercó á Tom, y poniéndose de puntillas y acercándosele, le dijo al oído:

—¡Mascarita, te conozco!

—¡Grooonnn! hizo Tom.

—¡Oh! tienes una hermosa voz de chante y sabes hacer con gran perfección *groom*, *groom*; ahora bailarás el minué; ¿no es verdad que bailarás el minué, mascarita de mi corazón?

Tom movió la cabeza de arriba á abajo y de abajo arriba, según su costumbre cuando se le interrogaba, y el arlequín, satisfecho con esta respuesta afirmativa, se puso en busca de una pareja para bailar el galop.

Durante este tiempo, Tom había quedado frente á frente del restaurant, inmóvil en su sitio, pero con los ojos invariablemente fijos sobre el mostrador, donde se levantaban en pirámides varias pilas de pasteles. La fondista notó esta atención continua, y viendo un medio de colocar su mercancía, tomó una fuente con pasteles y alargó la mano: Tom extendió la pata, cogió delicadamente un pastel, después un segundo y un tercero seguidamente; la fondista no se cansó de ofrecer ni Tom dejó de aceptar, resultando de este cambio de procedimientos que el goloso Tom empezaba su segunda docena cuando el galop terminó y las parejas volvieron á entrar en el ambigú. Arlequín había reclutado una pastora y una *pierrette*, y conducía á estas damas para bailar el minué.

Entonces, en su calidad de antiguo conocido, se aproximó á Tom y le dijo algunas palabras á la oreja. Tom, á quien los pasteles habían puesto de un humor divertido, respondió con uno de sus más amables gruñidos. El arlequín se volvió hacia la galería, y anunció que el señor Marecot se prestaba con el mayor placer á la demanda de la sociedad. Á estas palabras estallaron los aplausos, y los gritos «¡al salón, al salón!» resonaron atronadores en los cuatro ángulos de la sala de descanso: la *pierrette* y la pastora cogieron á Tom cada una por una pata; Tom, por su parte, como galante caballero, se dejó conducir, mirando sucesivamente y con aire asombrado á sus dos parejas, con las cuales se encontró muy pronto en medio del patio. Cada cual tomó asiento, los unos en los palcos, los otros en las galerías; la mayoría formó círculo, y la orquesta comenzó.

El minué era el triunfo de Tom y la obra maestra de Fau. Así el éxito se declaró desde los primeros pasos y fué en *crescendo*; á las últimas figuras era el delirio. Tom fué llevado en triunfo al palco escénico, y allí la pastora desprendió su corona de rosas y se la puso sobre la cabeza; toda la sala batió palmas, y una voz llegó hasta á gritar con entusiasmo: ¡Viva Marecot II!

Tom se apoyó sobre la balaustrada del palco con una gracia particularísima: al mismo instante, los primeros compases de la contradanza se hicieron oír y todos se precipitaron al salón, á excepción de algunos cortesanos del nuevo rey, que quedaron cerca de él con la esperanza

de sacarle un billete de espectáculo; pero á todos los pedidos respondía Tom con su eterno é invariable *grooonn*...

Como la broma comenzaba á serles monótona, poco á poco fueron alejándose del obstinado ministro del gran Schahabaham, reconociendo sus talentos para el baile en la cuerda floja, pero declarándole muy insípido para la conversación. Bien pronto fueron tres ó cuatro personas las únicas que se ocuparon de él; una hora más tarde estaba completamente olvidado: *Sic transit gloria mundi*.

Sin embargo, había llegado la hora de retirarse; el patio se despejaba, los palcos quedaban vacíos. Algunos pálidos rayos del día se deslizaban á través de las ventanas del ambigú, cuando la conserje, dando su vuelta por el coliseo, oyó salir del palco escénico un ronquido que parecía denunciar la presencia de alguna máscara retrasada; abrió la puerta y encontró á Tom, que, fatigado de la noche borrascosa que había pasado, se había retirado al fondo del escenario y estaba entregado á las dulzuras del sueño. La consigna sobre este punto es severa y la conserje es esclava de la consigna; entró, pues, y con la cortesía que caracteriza á esa clase estimable de la sociedad á la que tenía el honor de pertenecer, advirtió á Tom que eran ya cerca de las seis de la mañana, hora razonable para que volviera á su casa.

—¡Grooonn! gruñó Tom.

—Comprendo, contestó la conserje, que se haya usted dormido. buen hombre; pero mejor estará en su cama; váyase, váyase á su casa. Su

mujer debe estar inquieta... Mas ¡no me oye: á fe que tiene un sueño muy pesado!

Entonces golpeóle en las espaldas.

—¡Grooonn!...

—Está bien, está bien. Pero no es este el momento de discutir: por otra parte, ya le conocemos, hermosa máscara. Mire, ya están bajando la rampa y se apaga la lámpara. ¿Quiere que vaya á buscarle un carruaje?

—¡Grooonnn!

—Vamos, vamos; la sala del Odeón no es ninguna posada. ¡En marcha!... ¡Ah! ¿es así como lo toma usted? ¡Oh! ¡señor Odry, fuera, pues! ¡A una antigua artista!... Pues bien, señor Odry, voy á llamar á la guardia; el comisario de policía no se habrá acostado todavía. ¡Ah! ¿no quiere usted conformarse con los reglamentos? ¿se revuelve contra mí y me atropella?... Se atreve usted á golpear á una mujer del templo de Talía? ¡Oh! ahora vamos á verlo... ¡señor comisario! ¡señor comisario!

—¿Qué hay? contestó el bombero de guardia.

—¡A mí, señor bombero! ¡a mí! gritó la conserje.

—¡Ohé! ¡los municipales!...

—¿Qué es eso? preguntó el sargento que mandaba la patrulla.

—Es la conserje que pide socorro desde el palco escénico.

—Allá va.

—¡Por aquí, señor sargento! ¡por aquí! gritó la conserje.

—¡Por aquí, por aquí! ¿Dónde está usted metida?

—No tenga miedo; no hay ningún obstáculo. ¡Por aquí!... ¡allí, allí! Está en el rincón, contra la puerta de comunicación del teatro. ¡Oh! ¡el bandido! es fuerte como un turco.

—¡Grooonnn! hizo Tom.

—¿Le oye usted? ahí le tiene... Ahora le pregunto si esa es lengua de cristiano.

—Vamos, buen amigo, dijo el sargento, cuyos ojos, habituados ya á la obscuridad, empezaban á distinguir á Tom. Ya sabemos lo que es ser joven, y sepa que á mí, como á otro cualquiera, me gusta la broma; ¿no es así, señora conserje? pero soy esclavo de los reglamentos, y ya es hora de volver al hogar paterno ó conyugal... Conque ¡en marcha! ¡paso redoblado!

—¡Grooonnn!

—Eso es muy bonito, é imitamos perfectamente el grito de los animales; pero pasemos á otro género de ejercicio. Vamos, vamos, camarada, salgamos de buena voluntad... ¡Ah! ¿no quiere? ¿se hace usted el desentendido? Bueno, bueno, vamos á reir. Coged á este valiente, y ponedlo á la puerta de la calle.

—No quiere andar, sargento.

—Y ¿para qué tenemos culatas en nuestros fusiles? Vamos, vamos; sacudidle en los riñones y en los muslos.

—¡Grooonnn! ¡grooonnn!

—¡Duro, duro con él!

—Oiga, sargento, observó uno de los guardias, me parece que es un oso verdadero: acabo de empuñarle por el cuello y veo que la piel está pegada á la carne.

—En ese caso, si verdaderamente es un oso,

hay que guardarle toda clase de miramientos: su propietario nos lo haría pagar. Id á buscar la linterna del bombero.

—¡Grooonn!...

—Es igual; oso ó no, dijo uno de los soldados, ha recibido ya una buena paliza, y, si tiene memoria, se acordará de la guardia municipal.

—Aquí está la linterna, dijo un individuo de la patrulla llevando el objeto pedido.

—Acerque usted la luz al semblante del detenido.

El guardia obedeció.

—Es un verdadero hocico, dijo el sargento.

—¡Jesús! ¡Dios mío! dijo la conserje poniéndose en salvo, ¡un verdadero oso!

—Y bien, sí, un oso de verdad. Es preciso ver si lleva los papeles en forma, y conducirlo á su domicilio; habrá probablemente recompensa: este animal se ha extraviado sin duda, y, como es amigo de la sociedad, ha entrado en el baile del Odeón.

—¡Grooonn!...

—¿Lo veis? responde afirmativamente.

—Toma, toma, dijo uno de los guardias.

—¿Qué hay?

—Tiene colgado del cuello un saquito.

—Ábralo usted.

—¡Una carta!

—Léala.

El guardia cogió la carta y leyó:

«Me llamo Tom; vivo en la calle del barrio de San Dionisio, número 109: llevo cinco francos en la bolsa, dos para el carruaje y tres para el que me acompañe.»

—¡En efecto, aquí están los cien sueldos! agregó el municipal.

—Este ciudadano está perfectamente en regla, dijo el sargento. ¡Á ver! Dos hombres de buena voluntad para conducirlo á su domicilio político.

—¡Presente! dijeron á coro los municipales.

—Nada que no sea justo. Todo á la antigüedad. Que los dos más veteranos gocen del beneficio de la cosa. Vaya, muchachos, adelante.

Dos guardias municipales se adelantaron hacia Tom, le pasaron una cuerda en torno del cuello, á la que hicieron dar, para mayor precaución, tres vueltas alrededor del hocico.

Tom no opuso resistencia alguna: los golpes de culata habíanle puesto suave como un guante.

Al llegar á cuarenta pasos del Odeón, dijo uno de los guardias:

—¡Bah! el tiempo está hermoso y, si no tomásemos el carruaje, podría darse un paseo nuestro burgués.

—Y con ello tendríamos cada uno cincuenta sueldos en vez de treinta.

—Aprobado por unanimidad.

Media hora después, llegaban á la puerta de la casa número 109 del barrio de San Dionisio. Al tercer golpe, la portera salió á abrir medio dormida aun.

—Venga usted, señora dormilona, dijo uno de los guardias; aquí tiene á uno de sus inquilinos. ¿Lo reconoce usted como huésped de la casa?

—Toma, ya lo creo, dijo la portera; es el oso del señor Decamps.

Aquel mismo día llevaron al domicilio del señor Odry una cuenta de pastelillos, que ascendía á siete francos cincuenta céntimos. Pero el ministro de Schahabaham I probó fácilmente la coartada: había estado de guardia en las Tullerías.

Tom, por su parte, sintió, á contar de ese día, un miedo grande por aquel respetable cuerpo que le había aporreado los riñones con las culatas de los fusiles y le había hecho marchar á pie, teniendo pagado su fiacre.

No se extrañará, pues, que al ver aparecer, á la puerta de entrada al salón, la figura del guardia municipal, se hubiese batido al instante en retirada hasta lo más profundo del jardín. Nada envalentona más á un hombre que ver retroceder á su enemigo. Por otra parte, ya lo hemos dicho, al guardia municipal no le faltaba valor; se puso, por tanto, en persecución de Tom, que, arrimado á su rincón, trató primero de trepar por el muro, y viendo, después de dos ó tres ensayos, que la tentativa era inútil, se enderezó sobre sus patas traseras y se preparó á hacer una buena defensa, utilizando en esta circunstancia las lecciones de boxeo que le había dado su amigo Fau.

El municipal, por su parte, se puso en guardia y atacó á su adversario con todas las reglas del arte. Al tercer paso, fingió un golpe á la cabeza y llevó el arma al muslo: Tom recurrió á la parada en seguida. El guardia amenazó á Tom de un golpe recto; Tom volvió á la guardia, dió un golpe sobre el arma, y, atrapando con toda la fuerza de su puño la guarda del sable de su ene-

migo, le retorció tan violentamente la mano, que le dislocó la muñeca. El municipal dejó caer su sable, y se encontró á merced de su adversario.

Felizmente para él y desgraciadamente para Tom, el comisario llegaba en aquel momento, vió el acto de rebelión que acababa de tener lugar contra la fuerza armada, sacó de su bolsillo su banda tricolor, la arrolló tres veces alrededor de su cintura, y, sintiéndose sostenido por la guardia, hizo bajar al cabo de escuadra y sus nueve hombres al jardín, les ordenó ponerse en línea de batalla, y quedóse él en la gradería para mandar el fuego. Tom, preocupado con estas disposiciones, dejó al municipal batirse en retirada, llevando su mano derecha en la mano izquierda, y quedó de pie é inmóvil contra el muro.

Entonces comenzó el interrogatorio. Tom, acusado de haberse introducido furtivamente, con infracción de los reglamentos municipales, en una casa habitada, y haber cometido en la persona de un agente público una tentativa de asesinato que no había consumado por circunstancias independientes de su voluntad, no habiendo podido presentar testigos en su descargo, fué condenado á la pena de muerte; en su consecuencia, el cabo de escuadra fué invitado á proceder á la ejecución, y dió orden á los soldados de preparar las armas.

El más absoluto silencio se hizo entonces entre la multitud que había seguido á la patrulla, y la voz sola del cabo se dejó oír, el cual mandó, una después de otra, todas las evoluciones de la

carga en doce tiempos. Sin embargo, dada ya la voz de *¡preparen!* creyó deber volverse por última vez hacia el comisario. Entonces, un murmullo de compasión circuló entre los espectadores; pero el comisario de policía, que había sido molestado en medio de su desayuno, fué inexorable y extendió la mano en señal de mando.

—¡Fuego! mandó el cabo.

Los soldados obedecieron, y el desgraciado Tom cayó atravesado por ocho balas.

En este momento, Alejandro Decamps entraba con una carta del señor Cuvier, que abría á Tom las puertas del Jardín de Plantas, y que le aseguraba la sucesión de *Martin*.

CAPÍTULO IX

De cómo el capitán Pánfilo reprimió una sedición á bordo del bergantín *La Rochelana*, y lo que de ello se siguió.

Tom era originario del Canadá; pertenecía á esa raza herbívora, habitualmente circunscrita en las montañas situadas entre Nueva York y el lago Ontario, y que en el invierno, cuando la nieve la arroja de sus picos helados, se arriesga á bajar algunas veces por bandas famélicas hasta los arrabales de Portland y de Boston.

Ahora, si nuestros lectores desean saber cómo Tom, de las orillas del río San Lorenzo había pasado á las orillas del Sena, habrán de tener la amabilidad de transportarse mentalmente á fines del año 1829 y seguirnos hasta la extremidad del océano Atlántico, entre la Islandia y la punta del cabo Farewell. Ahí les enseñaremos, caminando con ese andar honesto que ya le conocen, el bergantín de nuestro antiguo amigo el capitán Pánfilo, que, en derrota esta vez á su gusto por Oriente, ha remontado hacia el polo, no para ir á buscar allí, como Ross ó